

CRÍTICA

HISPANIA

UNA HISTORIA DE ROMA EN IBERIA

RUBÉN
MONTROYA

A LA VENTA EL
16 DE SEPTIEMBRE

**MATERIAL EMBARGADO
HASTA PUBLICACIÓN**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

Salvador Pulido

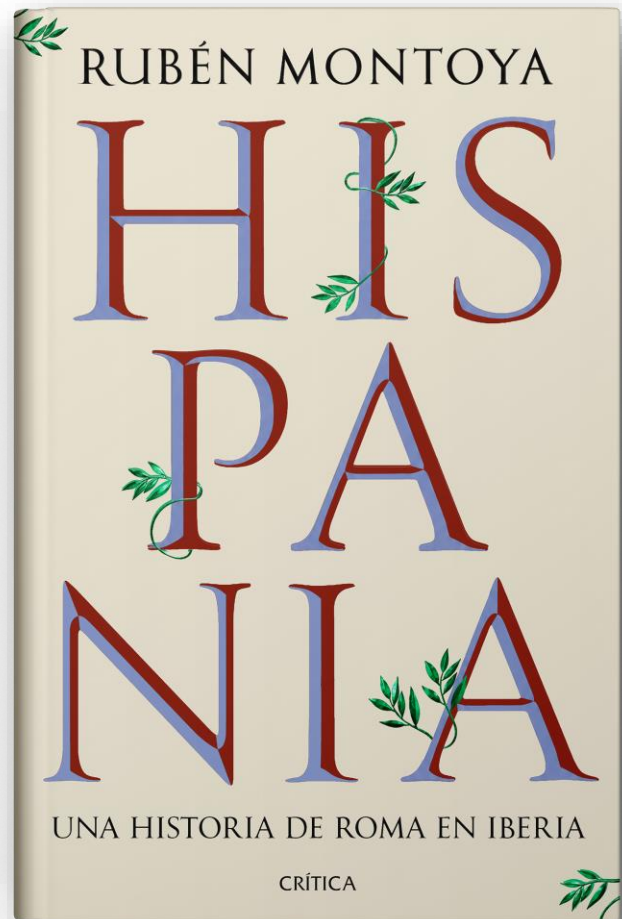
(Gabinete Colaborador):

647 393 183 /

salvador@salvadorpulido.com

Laura Fabregat (Responsable de
Comunicación Área Ensayo):

682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es



SINOPSIS

Un ensayo riguroso y evocador que reconstruye la evolución de la Hispania romana y su legado histórico.

Cuando las naves romanas llegaron a las costas de Iberia en el verano del 218 a.C., no desembarcaron en una tierra salvaje ni desconocida. Ante ellas se extendía un mosaico de pueblos, ciudades, lenguas y tradiciones que llevaban siglos conectando el extremo occidental del Mediterráneo con el resto del mundo antiguo. Lo que comenzó como una operación militar contra Aníbal acabaría transformándose en una de las aventuras políticas y culturales más decisivas de la Antigüedad: el nacimiento de Hispania.

Hispania. Una historia de Roma en Iberia recorre los siete siglos de presencia romana en la península y reconstruye el complejo encuentro entre Roma y los pueblos ibéricos. Lejos de ser una provincia periférica, Hispania fue uno de los grandes laboratorios del Imperio: escenario de guerras, mestizajes y profundas transformaciones sociales, económicas y culturales. Sus ciudades crecieron, sus élites alcanzaron el Senado y de sus tierras surgieron emperadores, intelectuales y obispos que ayudaron a moldear el destino de Roma.

En este libro, Rubén Montoya entrelaza el relato político y militar con la vida cotidiana, las tensiones sociales y las identidades múltiples que habitaron este territorio, iluminando los grandes momentos del recorrido con los hallazgos arqueológicos más recientes. Una historia plural, profundamente humana, narrada por un arqueólogo e historiador que conoce a Roma tanto desde sus fuentes como desde su tierra.

EL AUTOR

RUBÉN MONTOYA



© Osama Dawod

es doctor en arqueología romana e historiador, formado entre España, Reino Unido e Italia. Profesor asociado en la School of Arts and Humanities de IE University e investigador visitante honorario en la School of Heritage and Culture de la University of Leicester, compagina su labor docente con la investigación en Roma. Firma habitualmente artículos de divulgación en *National Geographic*, *Historia y Vida* y *La Vanguardia*, ha colaborado en programas de RTVE, y ha participado en el Jaipur Literature Festival. Con Crítica ha publicado *Pompeya. Una ciudad romana en 100 objetos* (2024).

EXTRACTOS DE LA OBRA

Prefacio: Imaginar una provincia romana

«Para nosotros, una provincia es un polígono en un mapa. **Para un romano de la República, la palabra *provincia* no significaba un lugar.** Originalmente designaba un encargo: una tarea, una esfera de influencia asignada a un magistrado. Una *provincia* podía ser “la flota” o “la guerra contra Aníbal”. Era una orden de servicio, no una región. Fue con el tiempo, con la expansión de Roma, cuando el término empezó a adquirir connotación territorial. **La provincia, antes de ser un lugar, fue un mandato.**

Y lo que más me fascina no es cómo se convirtió en un trozo de tierra, sino cómo **Roma tuvo que imaginarla para dominarla.** El imperio fue también un inmenso aparato discursivo que necesitaba crear una identidad visual para los pueblos conquistados. Por eso, **desplegó un arsenal entero de imágenes:** procesiones triunfales con cautivos encadenados, botines de guerra, mapas expuestos al público y, sobre todo, personificaciones.

Antes incluso de que la provincia existiera como un todo unificado, Roma tenía delante a los *Hispani* que la habitaban. La primera vez que el nombre de los hispanos quedó grabado en metal no fue para representar a la totalidad de la península Ibérica, sino a un puñado de hombres. Ya en el siglo II a. C., **mucho antes de que la conquista terminara, unos mercenarios ibéricos que habían luchado en Sicilia propiciaron la acuñación en Morgantina unas monedas con un jinete y la leyenda *HISPANORUM*.** Hubo hispanos antes de que Hispania abarcara la totalidad de la península Ibérica.

Y luego, sobre esos hombres, **Roma inventó a una mujer para representar a la provincia.** A través de las personificaciones, las provincias cobraban forma humana. **Roma las imaginaba como cautivas: figuras arrodilladas, con actitud afligida...** Una dicotomía visual brutal: los gobernantes arriba, los súbditos provinciales de rodillas. Esta era una forma de decirle al ciudadano de Roma que el mundo era inmenso y exótico y que la civilización estaba de su lado. Nombrar, delimitar y personificar una provincia era un acto de creación. Así, **Roma no solo conquistaba el espacio físico, también conquistaba el imaginario colectivo [...].** Su primer rostro tiene fecha: un denario del año 81 a. C. Una moneda pequeña que **muestra Hispania como nación bárbara a través de un busto femenino con el cabello suelto y un velo.** Una mujer indómita, sin peinar, quizá la cara de las recientes guerras celtibéricas y lusitanas todavía sangrando.

Pero las imágenes envejecen. Hacia el año 46-45 a. C., en plena guerra civil entre César y Pompeyo, los pompeyanos necesitaban algo distinto: el apoyo de los lugareños. Aparece otra Hispania, ahora con túnica larga, cabello recogido en un moño, una *caetra* —pequeño escudo redondo— y la palma de la victoria. **Ya no es la fiera, ahora es la aliada. Ya no llora, ahora saluda.**

El proceso culmina en época imperial. En las monedas de Galba, en el año 68 d. C., **Hispania aparece de pie, con espigas de trigo:** la imagen ahora hace referencia a su economía. Y en tiempos de Adriano, en el siglo II d. C., la transformación se completa: **aparece recostada, con una rama de olivo,** un conejo asomando a sus pies como si se le hubiera escapado.

Y aquí hay un detalle que merece atención. **El origen de la palabra *Hispania* sigue siendo debatido,** pero las dos hipótesis principales coinciden en algo: el nombre no es latino, sino fenicio. Una lo deriva de *saphan*, “conejo”; otra, la más aceptada, de una raíz que significaría “costa de metales”. Roma no inventó el nombre de la tierra que conquistó.

Lo heredó. De la mujer despeinada del año 81 a. C. a la mujer reclinada con un conejo pasaron algo más de doscientos años. En ese tiempo, Roma había cambiado la imagen de Hispania. Y esta saltó a otros formatos. En un mosaico de Ostia (Italia), de época de Claudio, Hispania aparece **junto a Sicilia, África y Egipto, portando otra vez su rama de olivo. Cuatro provincias alimentando a un imperio**. La alegoría civilizada sobrevivió hasta la Antigüedad Tardía, volviéndose a reformular la iconografía, como muestran las ilustraciones de la *Notitia Dignitatum* [...].

Lo que vamos a hacer en las páginas de este libro es recorrer el camino inverso. Vamos a desarmar esa imagen —o imágenes— de Hispania para entender cómo fue construida, pieza a pieza. **Vamos a contar la historia de Roma en Iberia: cómo llegó, cómo se quedó, cómo cambió —o no— a quienes ya estaban aquí y cómo fue cambiada por ellos**».

PARS PRIMA **ADVENTUS ROMANORUM**

Nuevo orden en Iberia

«El mundo que el explorador Piteas de Massalia había vislumbrado desde la proa de su nave en 323 a. C., aquel **fascinante entramado de culturas** que atisbaba desde las costas de Iberia, no permanecería aislado mucho tiempo. Durante el siglo siguiente, mientras los príncipes y las élites de los distintos pueblos ibéricos continuaban un proceso de contacto cultural, en el Mediterráneo central dos nuevas y voraces potencias ganaron protagonismo: **Roma y Cartago. Su inevitable colisión cambiaría para siempre el destino de la Península**».

«En 219 a. C., Aníbal dio el primer paso [...]. **El asedio de Sagunto no fue un incidente fronterizo; fue la chispa que incendiaría de nuevo el Mediterráneo**. Para los pueblos de la Península que aún no habían sido sometidos por Cartago, su independencia tenía los días contados. Iberia se había convertido en el primer y decisivo campo de batalla de la segunda guerra púnica.

Lo que había comenzado como un mosaico de culturas diversas estaba a punto de cambiar. La Península donde **fenicios, griegos, íberos, celtíberos y pueblos atlánticos habían convivido** en un ambiente competitivo de continuas rivalidades, alianzas e intercambios, iba a **transformarse en el tablero donde se decidiría el destino del mundo mediterráneo**. Y cuando el humo de esa guerra se disipara, ninguna de aquellas culturas volvería a ser la misma».

«La aparente negligencia cartaginesa al dejar su capital tan expuesta ha sido muy debatida. Más que un simple error, podría reflejar un choque de culturas bélicas: **anclados en una visión helenística de la guerra, los generales púnicos** quizá esperaban que la catástrofe romana de 211 a. C. forzaría una negociación. Sin embargo, **subestimaron la inquebrantable voluntad de Roma de continuar la lucha a cualquier precio**».

«Los doce años de contienda habían transformado para siempre a los pueblos de la Península. Pronto descubrirían una verdad amarga: **la partida de Cartago no traía la libertad ansiada, sino un nuevo poder con vocación de permanencia** que superaba todo lo que habían conocido antes. Y Roma, con la eficiencia que caracterizaba todos sus movimientos,

no tardó en dejar la primera huella imborrable de sus intenciones. A finales de ese mismo año, **en 206 a. C.**, para asentar a los soldados heridos tras la guerra, **Escipión el Africano fundó Itálica (Santiponce, Sevilla), la primera ciudad genuinamente romana en suelo ibérico».**

Numancia

«De la fusión del sustrato celta con la influencia de sus vecinos íberos nació el pueblo que se convertiría en **la peor pesadilla de Roma: los celtíberos».**

«Ante la tenacidad numantina, [Escipión] aplicaría la experiencia de su asedio a Cartago. Por ello, decidió que su estrategia sería la circunvalación total, **un dogal de asedio con el que rendir la ciudad a través del hambre** [...]. El castigo fue metódico: Escipión ordenó la tala masiva de bosques, bloqueó el paso de los ríos y controló sus aguas».

«Cuando las legiones franquearon las murallas, **solo encontraron un puñado de supervivientes**, aquellos que no habían sucumbido todavía a la muerte. Apiano los describe como espectros terribles y de aspecto extraño, consumidos por el hambre, con largas uñas, cuerpos inmundos y olor nauseabundo, cubiertos de pelo y sucios y **con la mirada aún cargada de ira y del remordimiento de haber devorado a sus compañeros**. De todos ellos, Escipión seleccionó a 50 para que marcharan en su desfile triunfal en Roma y vendió al resto como esclavos. Aunque **la historia del suicidio en masa es la que ha perdurado en el mito**, el relato de Apiano se centra más en la inanición y la rendición, una perspectiva que la investigación moderna tiende a considerar más verosímil».

«A lo largo de dos milenios, **la evocación de Numancia ha servido a muy diversos discursos**. Tras la pérdida de su ubicación real, los reyes de León situaron Zamora sobre la antigua Numancia, buscando bases de identidad para su reino: así ocurría ya en el siglo X, en documentos de la corte de Ramiro III y en las crónicas de Alfonso III, y la confusión perduró hasta 1409, cuando la tradición la trasladó por fin a tierras de Soria».

Guerra civil en Hispania

«Si pudiéramos observar el puzle social de las Hispanias en aquel momento [123 a.C.], encontraríamos una estabilidad impuesta por Roma, piezas encajadas de forma forzosa para establecer el orden. **En la cúspide, una élite de origen itálico que controlaba no solo la administración, sino la riqueza que fluía hacia Roma**. Por debajo, las élites locales se debatían entre la colaboración y la resistencia, una tensión que hoy podemos rastrear en la desigualdad de los ajuares funerarios o en algunas inscripciones de la época.

Un documento hallado en la provincia de Cáceres nos permite asomarnos a ese equilibrio con una precisión que pocas fuentes ofrecen. En el año 104 a. C., durante ese largo interludio de aparente calma entre Numancia y las guerras sertorianas, una comunidad hispanorromana del occidente peninsular —el llamado *populus Seano* [...], posiblemente de origen lusitano o vetón— **se rendía formalmente al imperator romano L. Cesio mediante *deditio***. El resultado quedó grabado en una tablilla de bronce, el llamado Bronce de Alcántara. La pieza documenta cómo, **tras la capitulación, Roma devolvía a la comunidad sus tierras, sus edificios y sus leyes**. La restitución era real, pero su alcance quedaba acotado por una cláusula que lo decía todo sobre la naturaleza de ese orden: **las**

concesiones serían válidas mientras el pueblo y el Senado romano así lo quisieran. No era soberanía; era soberanía prestada».

«La guerra civil de Roma ya no se libraría solo en Italia. Hispania era ahora el nuevo campo de batalla. Lo que [el general Quinto Sertorio, nuevo propretor de la Hispania Citerior], construyó en la península Ibérica fue algo sin precedentes en la historia romana: no fue un simple campamento rebelde, sino la **articulación de un gobierno que consideraba legítimo, en el exilio**, para desafiar la legitimidad misma del régimen de Sila. A partir de 77 a. C. aproximadamente, estableció en Osca (Huesca) su nueva capital o centro de operaciones. Este núcleo suesetano había decidido apostar por la causa sertoriana, convirtiendo la ciudad en algo más que en una base militar: era el corazón de un experimento político revolucionario».

«La guerra había transformado Hispania para siempre, integrándola de forma irreversible en la órbita de Roma y dejando un territorio marcado por profundos niveles de destrucción y abandono material. El ciclo de violencia, derivado en realidad de las guerras civiles que habían enfrentado en Italia a los seguidores de Mario y de Cinna contra los partidarios de Sila en la década de los ochenta, encontró en Hispania un nuevo escenario. Lejos de ser un intento de fragmentar el imperio o crear “otras Romas”, las evidencias confirman que **el conflicto fue una lucha por la legitimidad**: Sertorio actuó siempre bajo el título de procónsul, **buscando restaurar el funcionamiento legal de la República frente a la facción de Sila**».

César, Augusto y el fin de la conquista

«El conflicto que estalló tras el cruce del Rubicón fue una fractura que recorrió todo el orbe romano, pero sus **batallas decisivas, las que marcaron el principio y el fin de la guerra, se libraron en suelo hispano**».

«A veces se ha presentado la **llegada de César a Hispania en 49 a. C.** como la de un invasor más en la larga y sangrienta crónica de la conquista. Sin embargo, para entender el acto final, es imprescindible retroceder en el tiempo y encontrar a César en sus primeras estancias, pues cuando cruzó **los Pirineos para iniciar la guerra civil**, no regresaba a una tierra extraña. **Volvió a un territorio que conocía como la palma de su mano**.

César comenzó su cuestura en la Hispania Ulterior en 69 a. C., bajo el mando del propretor Gayo Antistio Veto. Durante un año, supervisó las cuentas provinciales, viajó, se involucró activamente en asuntos judiciales y, además, tejió una red de contactos que le sería crucial en el futuro. Cuando César volviera a la Ulterior como propretor, [en la primavera de 61 a. C.], **César ya entendía que el poder en Hispania se construía a través de las armas y de los vínculos personales**.

«**Someter a los pueblos del norte** requeriría, de nuevo en Hispania, la intervención del poder supremo de Roma [...]. Tal era la importancia de esta última frontera que el propio **Augusto se presentó en Hispania para dirigir la guerra en persona**. Llegó en diciembre del 27 a. C. a Tarraco (Tarragona), donde pasó el invierno. Se cree que este momento marcó el comienzo de la reorganización administrativa que dividiría Hispania en tres provincias —**la senatorial Bética y las imperiales Lusitania y Tarraconense**— [...]. No hubo diplomacia, tan solo la parte cruda de la guerra: la eliminación de todos los combatientes en edad de empuñar las armas y el traslado forzoso de los supervivientes a las llanuras [...].

Hacia 15 a. C., la situación estaba ya controlada de manera definitiva. Doscientos años de guerra habían terminado no con un gran tratado ni con una rendición solemne, sino con el silencio de unas montañas vaciadas de combatientes y vigiladas por tres legiones. Era un final sin épica aparente, casi burocrático.

Roma había tardado más de lo esperado en conquistar Hispania. Había pagado ese precio con sangre de generaciones, con cónsules humillados, con ejércitos diezmados en valles que no aparecían en ningún mapa. Y lo que había ganado no era solo tierra: era el extremo occidental del mundo conocido, con sus minas de plata y de oro, con sus ríos y sus puertos atlánticos, con **sus pueblos que habían aprendido a pelear como romanos antes de aprender a vivir como ellos».**

PARS SECUNDA **ORBIS HISPANIENSIS**

Hispania se hace romana

«Las legiones no eran solo instrumentos de represión. Augusto las convirtió en una eficaz **herramienta administrativa y en el motor de la presencia de Roma** en el norte de las Hispanias. Así, estos campamentos se convirtieron en centros de irradiación de las costumbres y los modos de vida romanos. Esta readecuación se intensificó bajo Tiberio. Además, donde la administración civil aún daba sus primeros y titubeantes pasos, **fueron los ingenieros, arquitectos y administradores del ejército quienes trazaron las primeras vías, levantaron puentes** como el de Martorell (Barcelona) y supervisaron las explotaciones mineras auríferas a gran escala».

«Para muchos **jóvenes de las tribus sometidas** —sobre todo, astures, que a lo largo de toda la época Julio-Claudia constituirían la principal **cantera de reclutas** para las unidades auxiliares, seguidos a distancia por los cántabros—, aquel ejército se convirtió en una **inesperada puerta a un futuro mejor, pues ofrecía un camino hacia la ciudadanía y la integración**».

«Todo este proceso se consolidó especialmente en torno a 15 a. C., momento en que la presencia de Augusto y sus legados, investidos con la máxima autoridad, permitió **modificar estatutos, reorganizar territorios y fundar ciudades con una eficacia sin precedentes**. En este proceso de integración, incluso las clases dependientes encontraron una vía de ascenso: los libertos imperiales tuvieron una **destacada función en el culto y llegaron a ocupar cargos administrativos** como el de *tabularius provincial* —así lo atestigua un liberto imperial documentado en ese cargo en Corduba (Córdoba), capital de la Bética—. Por su parte, los libertos de las grandes sociedades mineras —como la *societas Sisaponensis*— **extendieron sus operaciones al mundo financiero** de muchas ciudades hispanas».

«Lo que Augusto estaba consolidando en Hispania no nacía, sin embargo, de la nada. Detrás de cada colonia fundada y cada foro trazado había dos siglos de tanteos republicanos: **Roma había aprendido a gobernar Hispania gobernándola**. Desde los primeros decenios de la conquista, los generales republicanos ya habían aplicado **tres criterios básicos ante la diversidad del territorio: aprovechar la estructura urbana preexistente, potenciar núcleos ya existentes mediante sinecismos y fundaciones mixtas** —las llamadas dípolis, ciudades

dobles como Emporion convertida en Emporiae, y Gadir en la Didyme de Estrabón— **y fundar nuevas ciudades cuando las circunstancias lo exigían**. Lo que el Principado aportó fue la escala, la sistematización y, sobre todo, la voluntad de hacer irreversible ese proceso.

Lo mismo puede decirse de la religión. Desde los primeros años de la conquista, la difusión de los **cultos romanos** había seguido el ritmo lento e irregular de la concesión de estatutos jurídicos privilegiados».

«El **latín** había llegado a Hispania como lengua de la administración y del ejército, imponiéndose **primero en los documentos públicos y en las cecas monetales** —donde los alfabetos indígenas ibérico, celtibérico o lusitano fueron cediendo terreno al latín durante todo el siglo I a. C.— y penetrando **después en las élites locales** a medida que estas adoptaban la ciudadanía romana o latina. El proceso fue lento y desigual: mientras en la Bética el latín era ya lengua corriente antes de Augusto, **en el interior y el norte de la Península las lenguas vernáculas coexistieron largo tiempo** con él, como atestiguan inscripciones bilingües y textos celtibéricos escritos ya con el alfabeto latino».

«La política de Augusto impulsó un programa de **monumentalización sin precedentes** que dotó a estas nuevas ciudades y capitales de un paisaje urbano inequívocamente romano. **Foros, teatros, anfiteatros, acueductos y murallas constituían signos de poder**, la manifestación material del nuevo orden imperial, y eran al mismo tiempo edificios que respondían a las necesidades crecientes de la población».

«**Bajo el emperador Claudio**, el auge que experimentó Hispania tuvo su reflejo político inmediato. La provincia **Bética vivió un esplendor particular**, y ciudades que eran motores económicos recibieron su recompensa jurídica, como la próspera ciudad dedicada a la producción de salsas de pescado y salazón de Bolonia (Cádiz), que fue promocionada al rango de municipio. Allí se ha encontrado una inscripción dedicada a Británico, hijo del emperador [...]. Más importante aún, bajo Claudio, **algunas familias de la aristocracia provincial lograron acceder al Senado romano**. Entre las mismas destaca la de los Anneo de Corduba, a la que pertenecía el filósofo Séneca y su hermano Galión».

«**El reinado de Nerón, sin embargo, no despertó demasiada devoción en Hispania**. En ese mismo período, la provincia comenzaba a vaciarse militarmente: en 63 d. C., la legión X Gemina fue trasladada a Carnuntum (Austria), reduciendo a dos las legiones estacionadas en el norte».

La despensa del imperio

«**La paz de Augusto trajo consigo el instrumento definitivo de transformación del paisaje hispano: la villa** [...]. La villa del período Julio-Claudio era un centro de producción integrada. No solo generaba las materias primas, sino que a menudo controlaba toda la cadena productiva. Muchas villas costeras y fluviales tendían a integrar sus **propias alfarerías** —*figlinae*— para fabricar los envases que necesitaban».

«Cuando Estrabón, Pompeyo Trogo, Mela o Plinio enumeraron las riquezas de Hispania, la lista se desbordaba. **Al vino, al aceite, a los metales y al pescado sumaban el lino** de las tierras húmedas de Ampurias, Tarraco o Saetabis, que vestía de velas a las naves; el **esparto** del sudeste, convertido en cordajes y calzado; los **jamones** de los valles pirenaicos; los **caballos** de corta alzada de las montañas cantábricas, codiciados en el circo; la **miel**, único

endulzante del mundo antiguo; y los **mármoles** de Macael, Almadén de la Plata o El Médol, que dieron rostro a las ciudades [...].

Conviene, sin embargo, no confundir el brillo con el conjunto. Gran parte de la documentación se concentra en la Bética y en la costa mediterránea, y deja en penumbra la Meseta, el valle del Ebro o buena parte de Lusitania. Y una geografía recorrida por carros de bueyes, encarecía cualquier transporte que no fuera fluvial o marítimo: **fuera de los grandes corredores, la mayor parte de lo que Hispania producía se consumía en Hispania**. Si el trigo de la Bética alimentó sobre todo a sus propias ciudades y a las legiones del norte, si el vino y el aceite hispanos llenaron las ánforas y las mesas del Imperio, si la pesca del litoral abasteció las *cetariae* de medio Mediterráneo, **fueron el oro de las Médulas y el cobre de Riotinto los que sostuvieron la moneda, sufragaron los ejércitos y engrasaron la maquinaria del Estado**. Hispania no era una provincia periférica: era una de las arterias maestras de la economía imperial».

Leyes, ciudades, costumbres

«Las **leyes latinas** eran el nuevo ejército de Roma: trazaban fronteras invisibles. El *ius Latii* y la *Lex Flavia Municipalis* no solo reestructuraron la administración; **al abrir la puerta de la ciudadanía a las élites locales, garantizaron su lealtad**, completaron su asimilación cultural y cimentaron la estabilidad imperial en Hispania para el siglo venidero».

«Estas leyes transformaron entidades ignoradas por Plinio en **ciudades funcionales de centenares de habitantes, que ahora interactuaban directamente con el emperador**, grababan sus epístolas en metal y adaptaban “leyes modelo” a su propia realidad [...]. La consecuencia de este proceso de municipalización fue la **necesidad imperiosa de monumentalización** [...]. El caso más espectacular es Tarraco (Tarragona), capital de la Hispania Citerior Tarraconensis. En época flavia, erigió un colosal foro provincial aterrazado que se extendía sobre la pendiente de la colina».

«Finalmente, nada simbolizaba mejor el *modus vivendi* romano que el **dominio del agua**. La construcción de **termas** fue una constante, atestiguada en Asturica Augusta (Astorga, León), Segobriga (Saelices, Cuenca) o Labitolosa (La Puebla de Castro, Huesca). En muchos casos, esto requería una obra de ingeniería superior: el **acueducto**. En Hispania, el ejemplo icónico es el de Segovia. Su fábrica es, según sabemos hoy, flavio-trajanea. La inscripción original, aunque dedicada finalmente a Trajano, mencionaba a los *duoviri* del municipio flavio de Segovia que habían levantado en el acueducto, cuyo proyecto—o restauración— se prolongó hasta época de Trajano».

Una sociedad estratificada

«La epigrafía nos permite vislumbrar a los protagonistas de esta economía. Por un lado, una **“clase media” de libertos y negociantes** prosperaba. Encontramos a los libertos imperiales —liberti Augusti—, que ocupaban cargos de alta responsabilidad en la administración fiscal. Es el caso de Tito Flavio Espeudón, *tabularius provinciae* o administrador contable en Corduba (Córdoba). Su hijo, ya nacido libre, recibió honores póstumos decretados por el ordo de la colonia: un reconocimiento que medía exactamente hasta dónde había llegado la familia. La adscripción del hijo a la tribu Claudia delata su posición en la escala: notable, reconocida, pero aún marcada por el origen servil del padre. Un escalón más y la familia habría entrado en el *cursus honorum* municipal. La muerte prematura del hijo lo impidió.

Por otro lado, estaban los **artesanos y comerciantes organizados**. En Igabrum (Cabra, Córdoba), la epigrafía atestigua a un Flavio Víctor, vinculado a un *collegium illychiniariorum*, un gremio cuya actividad exacta se debate y que abarca desde panaderos o fabricantes de lucernas hasta fabricantes o comerciantes de tejidos o artesanos de las canteras. Estos *collegia* o **gremios funcionaban como redes de solidaridad** y definían la identidad profesional de las clases productivas.

En el extremo opuesto, la arqueología de la vida cotidiana nos revela la voz de los que no aparecen en los decretos. El análisis de los antropónimos en la Bética muestra una **significativa presencia de nombres griegos** —aunque minoritarios— como Filócalo o Trófimo entre las familias de época flavia, lo cual **es un claro indicativo de origen servil** durante el período altoimperial. La omisión de su condición servil sugiere un esfuerzo consciente por **ocultar su origen y aprovechar su buena posición económica para promocionarse en la nueva sociedad romana**. Esta jerarquía se plasmaba también en la vivienda: el esplendor de las domus de la élite se acompañó de una profunda transformación y una gran **mejora del urbanismo general**, como atestiguan las nuevas redes de saneamiento en Pompelo (Pamplona, Navarra) o las transformaciones de la arquitectura doméstica en Asturica Augusta (Astorga, León).

El **ocio público era el gran aglutinador de esta sociedad estratificada**. Las élites locales financiaron esta búsqueda de cohesión social. Solo en época flavia, se han documentado casi sesenta actos de munificencia destinados a la mejora del paisaje urbanístico. Las termas se convirtieron en una rutina fundamental y un foco de cohesión social [...]. Pero la cohesión masiva se forjaba en los espectáculos. Los *ludi* —juegos— y *munera* gladiatoria —combates— eran rituales políticos esenciales. Con un calendario que podía alcanzar los doscientos días festivos, estos eventos eran una obligación para las élites».

«Las élites continuaron financiando edificios y espectáculos para asegurar la lealtad de la plebe, proceso en el que **la mujer desempeñó un papel fundamental gestionando sus propios patrimonios**».

El ascenso de los hispanos

«La adopción de **Marco Ulpio Trajano** por el emperador Nerva en 97 d. C. marcó un punto de inflexión decisivo en la historia de Roma. Nerva moriría pocos meses después y el 27 de enero del 98 Trajano fue proclamado emperador. Oriundo de Italica (Santiponce, Sevilla), en la provincia hispana Bética, se convirtió en **el primer emperador de origen provincial** y demostró que un hombre sin raíces en la vieja aristocracia de la Urbe podía acceder al poder. Este acontecimiento no fue un accidente. **Fue el resultado de un complejo tejido de intereses, parentescos y vínculos políticos** conocido por la historiografía como el “clan hispano”».

«Las élites provinciales, en particular las hispanas, habían acumulado un poder fáctico abismal desde la época de los Flavios. **La concesión del derecho latino a toda Hispania por parte de Vespasiano fue el trampolín para muchos**. Al vincular la ciudadanía al desempeño de magistraturas locales, Roma garantizó un flujo constante de hombres nuevos hacia la capital y creó una base demográfica leal que la vieja aristocracia itálica ya no podía igualar [...]. Los datos lo revelan: durante los siglos I-III d. C. se han documentado **entre 170 y 180 senadores de origen hispano, junto a unos 150 caballeros**».

«Trajano utilizó la ideología y la religiosidad para legitimarse en su tierra natal y **potenció el culto a Hércules Gaditano**. Asoció la fuerza pacificadora del héroe a la suya propia, presentándose como un nuevo Hércules que limpiaba el mundo de amenazas y lo validaba, mediante el mito y la sucesión dinástica».

«[El sucesor de Trajano, **Adriano, hijo de un primo hermano suyo**], comprendió que la supervivencia del imperio dependía no de la expansión infinita, sino de la cohesión interna, algo que el propio Augusto ya había señalado hacía cien años. Por ello, se convirtió en el arquitecto encargado de **levantar muros para proteger lo ganado y de pulir la inmensa maquinaria del Estado** hasta convertirla en un reloj de precisión».

Cambio de ciclo

«Las décadas del siglo II d. C. posteriores a Trajano y Adriano se conocen como la **“edad de oro” del imperio debido al desarrollo alcanzado**. La posición geográfica de la que Hispania gozó le permitió una estabilidad alterada solo por incursiones de los mauros y revueltas puntuales».

«La primera mitad de este siglo, especialmente la etapa trajano-adrianea (98-138 d. C.), fue la edad de oro del evergetismo urbano, donde las capitales provinciales como Tarraco (Tarragona), Augusta Emerita (Mérida) y Corduba (Córdoba) adquirieron su desarrollo monumental prácticamente definitivo. Este sistema funcionaba como un **pacto social no escrito, donde los notables reforzaban su posición dominante a través de su generosidad y la comunidad les devolvía este favor con estatuas honoríficas** y el apoyo político necesario».

«Además, la inversión privada se trasladó del beneficio colectivo en espacios públicos a la ostentación y el confort personal en zonas privadas. En este sentido, **el hogar se convirtió en el nuevo escenario para la exhibición de estatus**, compitiendo directamente con los espacios públicos que sus antepasados habían financiado».

«El asesinato de Cómodo en 192 d. C. no solo cerró la dinastía, sino que actuó como el **detonante que hizo saltar por los aires la estabilidad** acumulada durante medio siglo».

«A finales del siglo II d. C., comenzaron a surgir los primeros signos de fractura urbana en algunas capitales provinciales, cuando observamos los primeros episodios de amortización y pérdida de dinamismo en los espacios públicos, consecuencias directas de la reorientación del gasto. Un caso **paradigmático es el final del circo de Corduba** (Córdoba). Lo que durante décadas fue el escenario del clamor popular y la velocidad, **se convirtió a finales de esta centuria en una cantera de piedra olvidada**».

«Hispania alcanzó el umbral del siglo III no como un sistema optimizado en su grandeza, sino en medio de una **reestructuración profunda y silenciosa**, marcada por el desmantelamiento de grandes espacios públicos y una progresiva **ruralización** que anticipaba los desafíos de una nueva era».

PARS TERTIA MUTATIO MUNDI

El lento amanecer de un mundo nuevo

«Tras el asesinato de Cómodo en 192 d. C., se inauguró **una etapa caracterizada por la militarización del imperio y el creciente intervencionismo** [...]. El primer gran conflicto que afectó a Hispania fue la guerra civil entre Septimio Severo y Clodio Albino, en la que el gobernador de la Citerior, Lucio Novio Rufo, y buena parte de la élite hispana se decantaron por Albino, el usurpador. **El precio de la traición en una guerra civil romana era siempre el mismo: trágicas consecuencias para el perdedor** [...].

La crisis también abrió cauces de promoción social para las élites hispanas leales. Este vínculo entre la Península y la corte alcanzó los estratos más íntimos del palacio mediante personajes como el eunuco **Sempronio Rufo, informador hispano con una posición privilegiada y tenebrosa bajo Caracalla**. Esa presencia de lo hispano en Roma se reflejaba incluso en la curiosidad que despertaban los pueblos del norte, como los **vascones, cuyas tradicionales dotes de adivinación** eran comparadas en los textos con las de los augures más prestigiosos del mundo danubiano».

«El punto de ruptura definitivo para la autoridad central se produjo en el año 260 d. C., con la humillante captura del emperador Valeriano a manos de los persas. **Este vacío de poder y la percepción de una Roma incapaz de proteger sus fronteras occidentales fue el catalizador que empujó a las provincias hacia soluciones de autogobierno regional** [...]. El impacto real fue geográficamente limitado y su destrucción no parece haber tenido consecuencias a largo plazo, pues la vida urbana se restableció con rapidez. Pese a esta recuperación, se han confirmado episodios de violencia selectiva, como la destrucción total de la villa de Els Munts, en Altafulla, a manos de grupos de saqueadores, lo que demuestra que **la inseguridad rural fue una realidad que obligó a las élites a replantear la defensa de sus propiedades** más allá de las murallas urbanas».

«Si hubiéramos podido recorrer Hispania a lo largo del siglo III d. C., su sociedad nos habría contado **una historia muy diferente a la visión catastrofista que la historiografía tradicional nos ha legado**. Las provincias hispanas descubrieron que su posición periférica resultó ser una ventaja estratégica: en lo esencial, **se mantuvieron a salvo de los grandes conflictos** bélicos y amenazas externas que sacudieron las fronteras. Esto permitió que su profunda reestructuración interna se desarrollara de forma endógena sin la constante destrucción bélica. Si bien el período fue convulso, Hispania quedó firmemente integrada en la estructura del imperio. Además, la supuesta decadencia urbana total que la imagen de crisis transmitía se revela distinta: **la arqueología muestra continuidad en los grandes centros, mantenimiento de foros, levantamiento incluso de pedestales y reproducción de estructuras arquitectónicas**. En contraste, algunas ciudades pequeñas sí que experimentaron cambios abruptos o un receso monumental, abandonando o transformando funcionalmente sus foros, como en Lucentum (Alicante) o Baelo Claudia (Bolonia, Cádiz)».

«La recuperación material de la Península encontró un aliado en el emperador Probo (276-282 d. C.), quien **reactivó la agricultura hispana al derogar la antigua prohibición de plantar viñas** en las provincias e impulsó el aprovechamiento de tierras yermas mediante el asentamiento de contingentes bárbaros en calidad de colonos».

«Al concluir este siglo, el paisaje de Hispania había cambiado para siempre. El repliegue de las élites hacia sus dominios rurales no fue una huida, sino una reconfiguración del poder. **Mientras los foros urbanos se silenciaban y las murallas se alzaban, las villas latifundistas se consolidaban** como los nuevos centros de control económico y social. En este ambiente de lujo privado, ensayo arquitectónico, desacralización de lo antiguo y consolidación de un nuevo orden, **Hispania dejaba atrás el mundo clásico para adentrarse, definitivamente, en la Antigüedad Tardía**».

La cruz transforma Hispania

«El sistema de creencias del Alto Imperio era una religión administrada ligada al proyecto político y dependiente en buena parte del financiamiento de los magistrados. El colapso de este sistema **durante el siglo III d. C.**, evidente en la casi total desaparición de la epigrafía religiosa, no fue causado por el cristianismo, sino por modificaciones estructurales del politeísmo. Con todo, **la nueva fe ya operaba como una estructura social sólida y visible, capaz de generar hitos de resistencia pública**, como el martirio del obispo Fructuoso y sus dos presbíteros, Augurio y Eulogio, en el anfiteatro de Tarraco en el año 259 d. C.».

«No será hasta comienzos del siglo IV d. C., con las actas del **Concilio de Elvira**, cuando podamos trazar una imagen más profunda del cristianismo hispano. Celebrado en Iliberis (Granada) en una fecha generalmente disputada entre 300 y 309 d. C., es el **primer testimonio eclesiástico que ofrece datos sobre la moral, la sociedad y la disciplina de la Iglesia hispana**. Su alcance geográfico queda patente en sus asistentes: 19 obispos y entre 25 y 26 presbíteros —dependiendo de la fuente historiográfica— en representación de 37 comunidades de toda la Península, desde la Bética hasta Gallaecia. En sus actas, el nombre de Félix, obispo de Acci (Guadix, Granada), encabeza la lista de asistentes por motivos de antigüedad, figurando en segundo lugar Osio, obispo de Corduba (Córdoba). **Los 81 cánones que componen sus actas son un reflejo de las prácticas sociales que la jerarquía buscaba regular con severidad**. Cada prohibición nos informa sobre una costumbre extendida; así, cuando se veta el matrimonio con paganos o judíos, **se prohíben profesiones tan romanas como la de auriga o cómico** y se condenan supersticiones populares como encender cirios en los cementerios, se confirma la existencia de **prácticas arraigadas que las autoridades eclesiásticas consideraban una amenaza para la identidad cristiana**».

«El ascenso de **un hispano, Teodosio**, al trono imperial en 379 d. C. marcó un hito decisivo en la historia del cristianismo y tuvo profundas repercusiones en su tierra de origen [...]: elevó el cristianismo en su vertiente nicena —*catholici*—, la defendida en el Concilio de Nicea de 325 d. C, a **religión oficial y exclusiva del Estado romano** [...]. Las repercusiones de esta medida en Hispania fueron enormes y se manifestaron en varios ámbitos. En primer lugar, se produjo una **aceleración sin precedentes en la construcción de edificios de culto cristianos** [...]. En segundo lugar, el **poder de los obispos**, que se había visto reforzado en época de Constantino, inició el camino hacia su consolidación definitiva en el tramo final de este siglo [...].

Más que como el sustituto del poder romano, **debemos ver al obispo de esta centuria como un nuevo y poderoso actor que estaba acumulando el capital social, económico y espiritual** que haría posible su futura hegemonía».

Hacia una nueva era

«Fue a lo largo del siglo V d. C. cuando se produjo el final de Roma en la península Ibérica. Sin embargo, este no fue repentino [...]. Lo primero que presenció la península Ibérica fue la llegada de nuevos pueblos. Sin embargo, la idea tradicional de una “invasión bárbara” que arrasó Hispania es una simplificación que oculta una realidad más compleja y trágica. **La entrada de suevos, vándalos y alanos en 409 d. C. no fue un ataque externo premeditado, sino la consecuencia directa de una guerra civil que asolaba el imperio**».

«Es probable que la apropiación de tierras se realizara de forma heterogénea, aprovechando tanto **propiedades imperiales abandonadas** —los llamados *agri deserti*— como fundos de grandes terratenientes, sin que existiera un procedimiento uniforme sancionado desde Rávena. El reparto, sin embargo, resultó efímero. Apenas unos años después, **la corte imperial retomó la iniciativa y envió a los federados visigodos al mando del rey Valia para recuperar los territorios perdidos**. La campaña, iniciada en 417 d. C., fue devastadora para varios de los grupos recién asentados: alanos y vándalos silingos fueron prácticamente eliminados como entidades independientes. **Solo los establecidos en Gallaecia —suevos y vándalos asdingos— lograron sobrevivir**, quizás porque Roma los percibió en ese momento como un contrapeso útil frente a los propios visigodos, cuya potencia militar comenzaba a suscitar inquietud.

[Sin embargo], Rávena había cometido un **error al recurrir a los visigodos**: al hacerlo, había puesto en funcionamiento **una fuerza militar que se hizo más poderosa gracias a los recursos y la experiencia acumulados en suelo hispano**. Las ambiciones tienen vida propia y los mercenarios de hoy suelen convertirse en los enemigos de mañana. Así, la situación cambió drásticamente en 466 d. C. Ese año, el ambicioso **Eurico accedió al trono tras asesinar a su hermano y, rompiendo el pacto con Roma**, inició una política de expansión agresiva hacia las antiguas provincias hispanas, comenzando por la Tarraconense».

«El antiguo sistema de gobierno urbano, basado en el orden de los curiales, perdió sus funciones a lo largo de esta centuria. Con el desvanecimiento de la autoridad de Rávena, la urbe dejó de operar como el engranaje fundamental de la administración imperial. **La dirección de estas comunidades pasó a manos de la nobleza hispanorromana**, conformada por líderes civiles y religiosos, y se instituyó durante esta quinta centuria un modelo de gestión sustentado en **oligarquías locales**».

«Las urbes continuaron siendo los principales focos de acción del poder público, si bien las formas de exhibir dicha preeminencia mutaron por completo. **El prestigio ya no se medía por la capacidad de ofrecer espectáculos, sino por la habilidad de garantizar la seguridad física a través de las murallas y la protección simbólica a través de sus santos, reliquias y obispos**. Los líderes autóctonos, en sintonía con los delegados de los reinos germánicos y los soberanos, asimilaron estos nuevos símbolos de estatus, sentando las bases de **un nuevo modelo urbano que caracterizaría los territorios de Hispania en los siglos venideros**. Los núcleos de población no decayeron, sino que fueron el escenario de una profunda reestructuración ideológica y funcional que facilitó la transición de sus habitantes hacia los nuevos tiempos».

Posfacio. De la “natio hispana” a la nación española

«Con la llegada de la Edad Media, esa identidad geográfica y sentimental [que era Hispania] comenzó a politizarse. Uno de los primeros grandes arquitectos de este ideal unitario fue san Isidoro de Sevilla en el siglo VII. En su célebre *Laus Hispaniae* —una alabanza que reciclaba los viejos panegíricos romanos—, **Isidoro presentó Hispania como la patria del pueblo godo en su conjunto, idealizando su riqueza y su belleza**, pero dio un paso más: asoció esa identidad territorial al rey visigodo Suintila, ensalzándolo como el primero en ejercer una monarquía sobre toda Spania. La invención romana tenía ahora un dueño germánico».

«Pero la historia da giros bruscos. En el año 711, los ejércitos árabes cruzaron el estrecho de Gibraltar. Para marcar su dominio, rebautizaron el territorio como al-Andalus, aunque eran perfectamente conscientes de la equivalencia geográfica con la antigua provincia romana. Las primeras monedas acuñadas por los nuevos gobernantes, probablemente en el año 712, eran aún solo en latín y mencionaban Spania. No fue hasta el año 716 o 717 cuando aparecieron las primeras **monedas bilingües donde los términos al-Andalus en árabe y Spania en latín se equiparaban en el mismo trozo de metal**».

«A medida que los reinos cristianos avanzaban hacia el sur y se dividían entre sí, **la idea de Hispania se convirtió en un trofeo por el que competir**. Los reyes de León y Castilla recurrieron al concepto de imperio para justificar su hegemonía sobre el resto de monarcas peninsulares».

«Al llegar la Baja Edad Media, la idea de Hispania sufrió una **profunda castellanización**. En el siglo XIII, cronistas como Lucas de Tuy y el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, en su *De rebus Hispaniae*, junto con el inmenso esfuerzo historiográfico de **Alfonso X el Sabio** en su *Estoria de España*, consolidaron un relato en el que el dominio histórico del pueblo godo encontraba su continuidad directa y casi exclusiva en los reyes castellanoleonese.

Sin embargo, a finales del siglo XV, **con los Reyes Católicos, el paradigma cambió**. El humanismo renacentista arrinconó el viejo goticismo medieval para exaltar un pasado mucho más antiguo: el grecorromano. **La monarquía necesitaba una genealogía milenaria que justificase su primacía y su expansión**. Así, se rescató el mito de Hércules, presentándolo no solo como un héroe de paso, sino como el “primer rey de España”. **La Antigüedad se convirtió en un espejo donde mirarse**. La guerra de Granada fue relatada en las crónicas con tintes épicos, comparándola explícitamente con la segunda guerra púnica: los monarcas y sus generales eran los nuevos Escipiones, mientras que los musulmanes ocupaban el papel de los cartagineses y de Aníbal. Esta mirada al pasado romano sirvió incluso para justificar la política exterior: **la Corona reclamó derechos históricos sobre el norte de África apelando a la antigua organización administrativa del emperador Diocleciano**, según la cual la provincia de Mauretania Tingitana pertenecía a la Diócesis Hispaniarum».

«Durante los siglos XVI y XVII, **bajo el dominio de los Austrias, la Antigüedad siguió utilizándose para definir el carácter esencial del pueblo español, lo que algunos intelectuales llamaron la hispanitas**. El cronista Ambrosio de Morales, al relatar la resistencia celtíbera contra Roma, definió a aquellos guerreros como “nuestros numantinos”, forjando una identidad basada en el honor, el valor y el sacrificio extremo. Pero Morales también advirtió que el gran defecto natural de aquellos ancestros era la desunión interna. Miguel de **Cervantes** llevó esta misma idea a las tablas en su tragedia La

Numancia, en la que **personificó a España como una patria herida y vulnerada por la discordia de sus propios hijos**».

«Nación. Patria. Pueblo. La pregunta es: ¿se inventan ahora o se reinventan? La palabra es antigua. *Natio* existía en latín y los hispanos la usaron para identificarse. Pero **la *natio* romana no es la nación que tenemos hoy en mente. No implicaba soberanía, ni Estado, ni proyecto político. Era apenas un sentimiento de origen compartido**, poco preciso, sin trascendencia política. La novedad del XIX no es la palabra. Es la carga que se le mete dentro.

A final de ese mismo siglo, el **desastre de 1898** y la pérdida de las últimas colonias sumieron al país en una profunda crisis de identidad. Los intelectuales volvieron a mirar a la Antigüedad romana, esta vez buscando las esencias psicológicas del ser español. **Ángel Ganivet formuló entonces el mito del “senequismo”**. Para él, la figura del filósofo cordobés Séneca no era una casualidad histórica; era la encarnación de un **estoicismo y una resistencia ante la adversidad que consideraba innatos al pueblo español** desde la época romana».

«El régimen franquista llevó a su máxima expresión el uso de esta vinculación a un pasado romano. Durante estas décadas, el término “Hispania” fue muchas veces sustituido por “España”, y la palabra “hispanos” por “españoles”. Proyectaron así la imagen de una nación unida, católica e inmutable desde la prehistoria. **Sagunto y Numancia se ensalzaron como grandes mitos fundacionales del heroísmo nacional**, y lo mismo se hizo con caudillos como Viriato, obviando convenientemente que este último [...].

La apropiación fue total. **Franco fue celebrado por sus propagandistas como un nuevo Augusto o un nuevo Trajano**. Se construyó así un relato en el que los hispanos no solo habían llegado a gobernar el mundo romano, sino que **habían introducido en el imperio su cristianismo y su providencial catolicismo**. Es en este contexto de delirio imperial donde cobra sentido el regalo que Franco hizo a Mussolini: un dictador enviando a otro la cabeza de Augusto, fundida con el bronce de los vencidos, para reclamar su lugar como *Hispaniarum Imperator*..

«Hispania, como cualquier idea verdaderamente poderosa, no murió cuando la presencia romana desapareció y se diluyó con la llegada de los nuevos pueblos en el siglo V d. C. Se transformó en un molde y, muchas veces, en un arma. Sirvió a eruditos árabes, a reyes asturianos y a monarcas castellanos; también a humanistas renacentistas, a liberales decimonónicos y a dictadores del siglo XX. **Todos acudieron a las ruinas de Roma para justificar su presente**».

CRÍTICA

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

Salvador Pulido

(Gabinete Colaborador):

647 393 183 / salvador@salvadorpulido.com

Laura Fabregat

(Responsable de Comunicación Área Ensayo):

682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es